

Ya dijimos que la carta de Dumouriez habia sido leída públicamente.

Es notorio que hacia mucho tiempo, Marat era enemigo de Dumouriez. Ya hemos visto lo que pasó entre el general y el periodista en casa de Talma. Concluida la lectura de la carta, Marat tomó la pluma y se puso á borrar papel.

Ya se sabe como mordía Marat, con sus dientes negros y temblorosos.

Segun Marat, que apenas se dignaba pasar á Dumouriez su batalla de Valmy, como pudiendo ser de alguna utilidad para la Francia, los combates de Granpré, de Mons, y la batalla de Jemmapes, no habian sido mas que triunfos desastrosos en que la sangre francesa se prodigó sin fruto para servir á la ambicion de un aventurero pérfido.

Fácil es comprender que Dumouriez que habia espuesto su vida veinte veces en estos cuatro combates, que habia salvado á la Francia en Valmy y el honor francés en Jemmapes; Dumouriez, á cuyos soldados se dejaba sin pan en el vivaque, sin bendajes en el campo de batalla y sin medicamentos en los hospitales, se desalentaria infinitamente con semejante asercion.

Así, pues, Dumouriez que se veia amenazado en Paris por los gefes de los Jacobinos y que acababa de perder la batalla de Neerwinden, comprendió bien que no le quedaba otro remedio, que pasar el Rubicon como Cesar y marchar sobre Paris como el vencedor de las Galias habia marchado sobre Roma.

Tres dias despues de la batalla de Neerwinden, entró en negociaciones con los austriacos y como garantía de los compromisos que acababa de contraer con ellos, les entregó el 31 de Marzo á Breda y á Gertruidenberg.

Ademas, estas negociaciones no eran nuevas: ya en los últimos dias de Enero habia habido un convenio entre la Holanda y Dumouriez, que segun parece era un plan para

la restauracion de la monarquía en Francia; pero la declaracion de la guerra del 1º de Febrero habia contenido sus efectos.

Hacer un tratado, despues de esta declaracion de guerra, habria sido una traicion de que Dumouriez no queria hacerse culpable sino en el último extremo: esa última estremidad habia llegado.

Por las noticias que le recibia de Paris, comprendió que estaba decretada su pérdida.

CAPITULO XVI.

APENAS se habian abierto las nuevas negociaciones, se presentaron á Dumouriez, como enviados por el ministro Lebrun, del cual llevaban una carta, los tres emisarios de la Convencion, Proly, Pereira y Dubuisson.

Segun decian, tenian que hacerle revelaciones sobre los negocios de Bélgica.

Dumouriez tenia el corazon doblemente lastimado, tanto por su derrota en Neerwinden, como por las injusticias de que era víctima en Paris; y ni aun se tomó el trabajo de disimular sus sentimientos en presencia de los embajadores de la Convencion: desde la primera entrevista les descorrió el velo de todos sus proyectos.

—Señores, les dijo: á los débiles les toca usar de la astucia;

pero los fuertes dicen lo que quieren en alta voz, en atención á que cuando el fuerte quiere, sucede lo que dice: ahora, os digo que salvaré la patria á pesar de la Convencion; la Convencion á lo sumo está compuesta de setecientos cuarenta y cinco tiranos, todos ellos rejicidas; porque no encuentro diferencia alguna entre los que han votado por la apelacion al pueblo, y los que no la han votado; me burlo de todos los decretos; he dicho á otros y os lo repito ahora, que dentro de un mes, la autoridad de esa famosa asamblea, no estará circunscrita mas que al solo distrito de Paris: ademas, hay otra cosa que nunca sufriré, y es, la existencia de un tribunal revolucionario, y mientras tenga cuatro pulgadas de acero á mi lado, sabré oponerme á los horrores de los Jacobinos.

—¿Pero general, preguntó Proly, no quereis pues ninguna constitucion?

—Quiero la de 1791.

—En hora buena, pero sin rey ¿no es esto?

—Al contrario, con un rey.

—¿Con un rey! repitieron estupefactos los tres enviados.

—Mi opinion, dijo tranquilamente Dumouriez, es que se necesita un rey.

—¿Pero ningun francés se suscribirá á ella!

—¡Vaya!

—Pero al solo nombre de Luis.....

—Y que importa que él se llame Luis, Santiago ó Felipe?

—¿Pero cómo haréis adoptar esa constitucion?

—He encontrado lo que necesito, los procuradores generales de los departamentos, y los presidentes de los distritos, y aun mejor que esto, tengo cien mil austriacos y holandeses, que dentro de tres semanas estarán en Paris

—¿Los austriacos en Paris? exclamaron los enviados, ¿y la República?

Dumouriez se encojió de hombros.

—Vuestra República solo tres dias he creído en ella: es

un absurdo, un sueño, una utopia: despues de la batalla de Jemmapes, he llorado todos los triunfos obtenidos por una causa tan mala. Y os lo repito, dentro de tres semanas tendremos en Paris, ó un rey ó los austriacos.

—¿Pero vuestro proyecto pone en peligro la suerte de los prisioneros del Temple!

—¿Qué me importa! ¿Creis por ventura que de todo esto hago una cuestion de personas? nada de eso, es una cuestion de principios. Bien pueden matar hasta el último de los Borbones, aun los de Coblenz, y no por esto la Francia dejaria de tener un rey; y si Paris añade este asesinato, á los demas que tanto lo han deshonrado, al instante mismo marcharé sobre Paris y me apoderaré de él; no como lo intentó Broglie, cuyo plan era absurdo, sino que con doce mil hombres, colocaria una parte en Pont-Saint-Magence, y otra en Nogent y demas puertos del rio; y lo reduciria por medio de un sitio.

Los tres enviados se miraron, y comprendiendo que estaban á la merced de Dumouriez, finjieron tener las mismas pretensiones. Por su parte Dumouriez considerándolos como muy poco importantes, no se cuidó de sondear sus disposiciones, y no llegó á inquietarse por la buena ó mala voluntad que pudieran tenerle.

En consecuencia, dejó que se alejasen pacíficamente.

Pasaba esto en Tournai, á donde se encontraba madama Adelaida, hermana del duque de Chartres, y M^{me} de Sillery-Genlis, su aya, y se asegura que en estas conferencias, se trataba estensamente de hacer rey al jóven duque de Chartres.

De esta manera en 1793, esa luz que vagaba hacia mas de doscientos años al rededor de la familia de Orleans, se fijaba é iluminaba por fin la cabeza de uno de ellos.

Tambien Danton como lo hemos dicho, habia estado en Bélgica para ver allí á Dumouriez, con el fin de calmar su

resentimiento. Danton tenia interes en que no se escudriñase minuciosamente la conducta del vencedor de Valmy. Danton estaba comprometido en este gran negocio comercial que se llamaba la retirada de los prusianos.

Tornó de Bélgica, y como no habia obtenido nada de Dumouriez, resolvió escitar en la Francia con su poderosa palabra, uno de esos instantes enérgicos, que tan bien sabia inspirarla.

Subió á la tribuna y con esa voz poderosa que le era peculiar:

“Ciudadanos representantes, esclamó: mostraos revolucionarios, y entonces la libertad no correrá peligro: las naciones que quieren ser grandes, deben educarse como los heroes, en la escuela de la desgracia. No hay duda que hemos tenido reveses; pero si en el mes de Setiembre último, cuando el rey de Prusia estaba en Champagne, os hubiesen dicho que la cabeza del tirano caeria bajo la cuchilla de la ley, que el enemigo seria arrojado del territorio de la República, y que cien mil hombres estarian en Magence, tendríamos un ejército en Tournai, y habríamos visto entonces la libertad triunfante. ¡Pues bien! nuestra posicion es la misma, hemos perdido un tiempo precioso, es necesario repararlo. Ahora es cuando se necesita que la Convencion decrete que todo hombre del pueblo deberá tener una pica al servicio de la nacion, que será pagada por los ricos. Que en los países en que se haya manifestado la contra-revolucion, cualquiera que se atreva á provocarla, será puesto fuera de la ley. Es necesario que el tribunal revolucionario, sea muy activo: es preciso que la Convencion declare á la Europa, á los franceses y al universo entero, que es un cuerpo revolucionario, que está resuelto á sostener la libertad y á sofocar á las serpientes que la desgarran; he dicho; ciudadanos representantes, decretemos.”

Y se decretó con poca diferencia cuanto pidió Danton.

Pasóse despues á la órden del dia para ocuparse de muchas proposiciones de Robespierre, y entre otras, de aquella en que pedia que á todos los parientes de Luis XVI, se les obligara á salir en el término de ocho dias del territorio francés y de todos los países ocupados por los ejércitos de la República; que la reina compareciese ante el tribunal revolucionario, para juzgarla como á cómplice del rey, y que se detuviera en el Temple á Luis Capeto, su hijo, hasta nueva órden.

A este tiempo Dubuisson, Prolly y Pereira llegaron de Tournai y dieron cuenta á la Convencion de su entrevista con Dumouriez. No cabia duda en los proyectos del general; la Gironda fingió no dar crédito á la relacion de los enviados; pero sus denegaciones fueron inútiles, los enemigos del general rebelde fueron secundados por los testigos y se decretó que compareciera Dumouriez ante la Convencion para dar cuenta de su conducta.

Ademas, el ministro de la guerra Beurnouville, debia salir al instante para el ejército del Norte, con el objeto de conocer la situacion, y de dar cuenta de ella á la Convencion nacional.

Mas todavía. Cuatro comisarios escogidos del seno de la asamblea, debian salir en el momento para el ejército con poderes para suspender y reducir á prision, á todos los generales, oficiales, militares, funcionarios públicos y toda clase de ciudadanos que les parecieran sospechosos, hacerlos comparecer en la barra y sellar sus papeles.

Se procedió en el instante mismo á la eleccion de estos cuatro ciudadanos, y Camus, Bancal, Quinette y Lamarque quedaron nombrados por mayoría de sufragios.

Mientras tanto, Dumouriez trabajaba y procuraba poner su plan en ejecucion.

En consecuencia, envió una órden al general Miazinski, que estaba en Orchies para presentarse al frente de Lille con su division, entrar en esa ciudad y aprender á los comisa-

rios de la Convencion que se encontraran allí, así como á los principales directores de los clubs; y una vez hecho esto, marchar sobre Douai, arrojar al general Mouton y hacer proclamar tanto en Douai como en Lille, la constitucion de 1791.

Despues de esto debia dirigirse por Cambrai á Perona, apostarse allí y esperar nuevas órdenes.

Pero el genio del porvenir velaba sobre la Francia: Miazinski se confió á hombres que creia seguros y que lo vendieron atrayéndolo á Lille con una débil escolta.

Una vez dentro de Lille, fué hecho prisionero y enviado á Paris donde su cabeza rodó en el cadalso.

Informado Dumouriez de estos sucesos, envió sin pérdida de tiempo á su ayudante Devaux para que tomara el mando de la division de Miazinski.

Pero desde que Dumouriez era traidor, Dumouriez era desgraciado. Devaux fué aprendido, enviado á Paris y guillotinado como Miazinski.

Trabajaba en buscar alguna combinacion para reparar este doble contratiempo, cuando el 2 de Abril, á eso de las cuatro de la tarde, vino un correo á participarle la llegada del ministro de la guerra y de los cuatro comisarios de la Convencion.

El general reunió su Estado Mayor y aguardó.

Los comisarios se presentaron en casa del general y fueron introducidos al momento.

Camus tomó la palabra, y mirando á su derredor, invitó al general á pasar á alguna pieza donde hubiera menos testigos y donde pudiera leerle el decreto de la Convencion.

Dumouriez pasó á un pequeño gabinete, contiguo á la misma sala.

Entonces Camus entregó al general el decreto de que era portador.

Dumouriez lo tomó, lo leyó y se lo devolvió, con la mas completa tranquilidad.

—¿Y bien? preguntó Camus.

—Y bien, dijo Dumouriez, me desespera una cosa, señores.

—¿Cuál?

—Que las circunstancias y el estado en que se encuentra mi ejército, no me permitan poder ir á Paris, para obedecer las órdenes de la Convencion. Por lo demas, añadió, hago dimision de mi empleo como tantas veces la he hecho.

—General, respondió Camus, ya comprendereis que, encargados de una comision especial, no somos competentes para rehusar ó admitir vuestra dimision.

—Sea, pues, respondió Dumouriez; que la admitais ó no, poco me importa. En cuanto á mí, os declaro que de ningun modo iré á Paris, para verme denostado, envilecido y para que os mofeis de mí que os he salvado á todos; ciertamente, no os llevaré mi cabeza, que está muy segura aquí, para que la hagais rodar sobre la plataforma de vuestra guillotina.

—Pero, preguntó Camus, ¿no reconocis, pues, la autoridad de la constitucion?

—No.

—No reconocis tampoco al tribunal revolucionario?

—¡Oh! sí que le reconozco; pero por un tribunal sanguinario, por una asamblea de verdugos, por un fautor de crímenes, y no me someteré á él mientras me quede una pulgada de acero en la mano. Hay mas, os declaro que, si pudiera le aboliria, no de aquí á mañana, no de aquí á una hora, sino en el mismo instante; porque le considero como el oprobio de una nacion libre.

Era la época de las citas de los antiguos. Camus se lanzó á la erudicion y citó el ejemplo de los antiguos griegos y romanos que, ya desempeñasen funciones civiles ó militares, se habian sometido á las órdenes de sus respectivos gobiernos, con la abnegacion propia de la obediencia.

Dumouriez se encogió de hombros.

—Siempre nos equivocamos en nuestras citas, dijo, y desfiguramos la historia para escusar nuestros crímenes con el ejemplo de las virtudes de Roma, de Atenas ó de Esparta. Tarquino era un verdadero tirano, no como Luis XVI, convendreis en ello; y con todo los romanos no asesinaron á Tarquino, se contentaron con desterrarlo. Mas tarde, si pasais á los tiempos de los Camilos y de los Cincinatos, os diré que, ya en esa época los romanos tenían buenas leyes y una República bien ordenada; no tenían ni club de Jacobinos, ni tribunal revolucionario. Estamos en el tiempo de la anarquía, vuestros guillotinos piden mi cabeza; pero yo no quiero dársela. ¡Oh! bien puedo hacer esta confesion sin temor de ser acusado de cobardía, porque es notorio que jamas he temido la muerte; y ya que sacais vuestros ejemplos de los romanos, os declaro, que si he hecho con frecuencia el papel de Decio, jamas haré el papel de Curcio. Habeis abierto el abismo, que se arroje en él quien quiera para cerrarlo, no seré yo ciertamente.

Los diputados dejaron concluir á Dumouriez sin interrumpirlo, luego Camus replicó:

—General, le dijo, creo que os engañais sobre el estado de Paris. No teneis que hacer nada por ahora, ni con los Jacobinos, ni con el tribunal revolucionario, lo único que se quiere es, que comparezcáis en la barra de la Convencion.

Dumouriez se sonrió.

—Oid, señores, dijo, pasé á Paris el mes de Enero, y le ví borrascoso y sublevado. Ciertamente que Paris no se ha calmado despues, al contrario. Sé por un conducto fidedigno, que vuestra Convencion está dominada por vuestro odioso Marat, por vuestros infames Jacobinos y por vuestros indecentes tribunos, siempre rodeados de sus emisarios. La Convencion no podria salvarme aunque quisiera.

—Asi, qué, replicó Camus, ¿positivamente rehusais obedecer los decretos de la Convencion?

—Sí.

—Pensad que vuestra desobediencia, no solo os pierde á vos, sino que pierde tambien á la República,

—Cambon ha dicho en vuestra tribuna en medio de los aplausos de la asamblea entera, que la suerte de la República no dependia de un hombre. Os declaro, ademas, que en mi concepto la República no es mas que una palabra vana, que estoy convencido de que no existe y de que estamos en completa anarquía. No pretendo eludir que se me juzgue, y la prueba es, que os doy mi palabra de honor, y ya sabeis que los militares son esclavos de ella, de que, tan luego como la nacion tenga leyes y un gobierno, le daré cuenta estrecha de mis motivos y de mi conducta; haré mas, yo mismo pediré un tribunal y me someteré á su juicio. Pero el aceptar por ahora vuestro tribunal y sujetarme á su decision, seria un acto de demencia.

—En este caso, general, dijeron los comisarios, permitid que nos retirémos, para consultarnos mutuamente.

—Como gustéis, respondió Dumouriez.

Los comisarios se retiraron en efecto y entraron un momento despues.

Tenian un aire grave y resuelto.

—Ciudadano general, dijo Camus. ¿Queréis obedecer el decreto de la Convencion nacional y presentaros en Paris?

—En este momento nó, señores, respondió Dumouriez.

—Entonces os suspendo de vuestras funciones. Ya no sois general. Ordeno que no se os obedezca y que se os reduzca á prision; ademas, voy á sellar vuestros papeles.

—Entrad y aprehended á estos cuatro hombres, dijo Dumouriez en aleman, abiendo una puerta á los husares extranjeros que esperaban allí sus órdenes, prontos para obedecerlas.

La aprehension se hizo sin ninguna dificultad. Tanto los cuatro comisarios de la Convencion, como el ministro de la guerra, fueron hechos prisioneros y remitidos al gene-

ral Clairfaict, que los conservó como rehenes y los envió para el Austria, en donde comenzó para ellos aquella cautividad que duró dos años y medio, y de la que no quedaron libres sino por su canje con la hermana del rey.

Pero al consumir este acto, Dumouriez había traspasado los límites de su autoridad, y todos cuantos en su ejército sentían latir en su pecho un corazón francés, se opusieron enérgicamente á todo cuanto intentó despues para luchar contra la Francia.

Así es que, viendo escaparse una á una todas sus esperanzas de rebelion, salió de Saint-Amand el 4 de Abril, acompañado del duque de Chartres, de los dos Thouvenot, de Mr. de Montjoie y de cuarenta hombres de escolta: el objeto de esta expedicion, era llegar á Condé, donde lo esperaban los gefes austriacos.

Débian concluirse allí los convenios entablados en Als.

A tres cuartos de legua de Condé, encontró tres batallones de voluntarios, que se dirijian á aquella ciudad con armas y bagajes: esta maniobra perjudicaba mucho á sus planes y les dió orden de retroceder por el mismo camino que habian traído.

Pero ya sea que fuese visible la traicion, ó que instintivamente la adivinaran, los soldados en lugar de obedecer, prepararon sus armas. Viendo esto Dumouriez, puso su caballo al galope, lo cual fué al instante imitado por los que le acompañaban.

Entonces resonaron los gritos de, ¡deteneos! ¡deteneos! silvaron las balas y como mas adelante obstruyese el camino alguna tropa, Dumouriez se lanzó al través de los campos; pero su caballo, como si rehusara servir á su amo por mas tiempo, se obstinó en no querer salvar el foso.

Dumouriez echó entonces pié á tierra, abandonó su caballo, y en medio de una lluvia de balas, montó sobre el que le ofrecia Baudoin, palafrenero del duque de Chartres.

Gracias al celo de este valiente servidor, Dumouriez y su escolta pudieron alejarse al galope.

Baudoin finjió estar herido, se sentó en la orilla del camino detrás de un monton de paja y dando una falsa direccion á las pesquisas de los soldados salvó dos veces á los fujitivos.

La falta era grande, pero el castigo fué terrible. El moderno Coriolano, no tuvo como el Coriolano antiguo, ni aun la satisfaccion de hacer temblar á Roma, y la historia fué tanto mas severa con él cuanto que ni aun tuvo, como el hijo de Veturia, la dicha de sufrir aquella espiacion sangrienta que borra todos los crímenes.

Y sin embargo su castigo fué peor para él que la misma muerte: declarado publicamente traidor por la Francia, reconocido como traidor por todas las naciones, en vano ofreció su espada á cada rey que se preparaba á hacer la guerra á aquella potencia; desechado en todas partes, viviendo de una pension que le daba la Inglaterra, ni aun se atrevió á volver en 1814 á esta Francia, lejos de la cual murió, dejando su cadáver en extranjera tierra y su memoria al juicio de la posteridad.

Antes de seguir al duque de Chartres en el largo destierro que tambien debia sufrir, volvamos á Paris y veamos la influencia que debia ejercer su fuga sobre sus amigos, sobre su familia y particularmente sobre su padre.